

El sacrificio de Isaac, figura del Sacrificio de Cristo

La Iglesia, al introducirnos en el tiempo de Pasión, quiere que durante las dos semanas que nos separan de la fiesta de Pascua meditemos los dolores de Nuestro Señor Jesucristo, para que comprendamos mejor *el amor infinito* que Dios nos tiene, *el valor* de nuestras almas, y *la malicia* del pecado. Para eso el Evangelio del primer domingo de Pasión, a primera vista difícil de comprender, nos entrega algunas enseñanzas sobre Cristo Víctima. Sacado del capítulo 8 de San Juan, nos refiere parte de una áspera polémica que Jesús sostuvo con los judíos incrédulos, cuyo odio hacia El iba en aumento, en la fiesta de los Tabernáculos, cinco o seis meses antes de su Pasión. En ella Cristo resalta cuatro puntos:

1° Cristo es inocente: «¿Quién de vosotros me argüirá de pecado?» (Jn. 8 46). Esta era la primera condición de la Víctima que debía reparar los pecados de la humanidad: «*Tal convenía que fuese nuestro Pontífice, puro, santo, separado de todo pecado*» (Heb. 7 26), dice San Pablo. Por lo tanto, no padecerá por sí mismo, sino por nosotros.

2° Cristo padecerá para salvarnos del pecado, para arrancarnos del poder del demonio: «*Yo no estoy poseído del demonio*» (Jn. 8 49); al contrario, viene para destruir el imperio del demonio: viene para que los que crean en El no mueran eternamente (clara alusión a la tentación de Satanás a Eva: «*No moriréis, sino que seréis como dioses*»).

3° Cristo es el Cordero sin mancha, la Víctima de propiciación por el pecado. «*Abraham, vuestro padre, deseó con ansia ver mi día: lo vio y se gozó mucho*» (Jn. 8 56). Detengámonos un poco en este punto, antes de mencionar el cuarto. Dos cosas nos dice Nuestro Señor de Abraham: • primera, que deseó con ansia ver su día: promesa de una revelación que provoca en él un deseo profundo del Mesías; • segunda, el haber alcanzado de Dios esta revelación, que produjo en él el gozo cumplido.

1° El sacrificio de Isaac.

Abraham tuvo dos grandes revelaciones del Señor.

La primera fue con motivo de la visita que Dios, bajo figura de tres personajes, hizo a Abraham para prometerle un hijo de Sara, Isaac, en quien se multipli-

caría su descendencia. Dice la Escritura que Abraham creyó en Dios; esto es, creyó que, a pesar de estar su cuerpo amortecido, y cerrado ya por esterilidad y vejez el seno de Sara, de ella le daría el Señor el hijo que le prometía. Y esta fe le fue imputada a justicia. Y con esta justicia recibió probablemente la revelación del misterio de la *Trinidad*, que los patriarcas no ignoraron, y asimismo el de la *encarnación redentora*; pero en esta segunda revelación no le fue descubierto a Abraham el modo de la redención, y eso le hizo tener ansias de mayores luces de Dios sobre el Mesías, que supo había de nacer de él por Isaac.

La segunda, a la cual parece aludir Nuestro Señor en el Evangelio de hoy, fue con motivo del sacrificio de su hijo Isaac. El episodio sucedió así: pasados unos 25 o 30 años del nacimiento de Isaac, Dios volvió a manifestarse a Abraham:

«-¡Abraham, Abraham! -¡Heme aquí, Señor! -Toma a tu hijo único, a quien tanto amas, a Isaac, y vete al país de Moriáh, y allí me lo ofrecerás en sacrificio sobre una de las montañas que yo te mostraré» (Gen. 22 2).

¡Grandeza del sacrificio pedido a Abraham! Dios le pide que le inmole justamente: • el hijo del que le había prometido una muy larga descendencia; • el hijo al que ama; • el hijo único de la mujer que amaba; • el hijo en el que reposaban todas sus esperanzas, todas sus bendiciones, y cuyo nacimiento, tanto tiempo esperado, había sido un milagro; • el hijo en el cual encontraba todas las cualidades que él mismo apreciaba: la fe, la piedad, la dulzura, la docilidad, la caridad; • al sacrificarlo, renunciaba a la gloria de ser padre del Mesías, y a todas las bendiciones que por El le había prometido el Señor; • finalmente, tenía que sacrificarlo con sus propias manos, dando muerte a quien era la inocencia, y su alegría, y toda su razón de vivir.

Abraham obedece. Se levanta, aparece un asno, toma consigo a dos siervos, y con Isaac emprende el viaje al lugar indicado por Dios. Al tercer día lo divisa, y dejando atrás asno y siervos, carga toda la leña en su hijo Isaac, y parte a solas con él al lugar del sacrificio, llevando en una mano el fuego y en la otra el cuchillo. Al cabo de un momento, Isaac se inquieta:

«-¡Padre! -¡Dime, hijo mío! -Llevamos el fuego y la leña; pero ¿dónde está el cordero para el holocausto? -Dios proveerá, hijo mío», contestó Abraham conteniendo sus entrañas y su emoción (Gen. 22 7-8).

Llegados al lugar, Abraham levanta el altar, dispone sobre él la carga de leña llevada por Isaac (el cual, por lo tanto, era ya físicamente robusto), y revela a Isaac, en palabras simples y emocionadas, la voluntad del Señor.

¡No fue menor el sacrificio de Isaac que el de Abraham! Lleno de vitalidad, reservado al parecer para grandes destinos, debía renunciar a todas las ilusiones de la vida para entrar en las miras de su padre y de Dios, y aceptar una muerte tan injustificada, tan cruel, tan inesperada...; pudiendo tan fácilmente escapar, pues podía prevalecer con su fuerza sobre la vejez de su padre, y echar a correr sin que su padre pudiera darle alcance... Pero, iluminado entonces por la misma luz que su padre, que le muestra sin duda alguna que es Dios quien así lo pide, Isaac se

rinde, se deja atar, se coloca en el altar sobre la leña, y espera el golpe con que su padre le ha de quitar la vida.

¡Basta! No quería más el Señor: tenía la prueba de la obediencia, no sólo de Abraham, sino también de Isaac:

«-¡Abraham, Abraham! -¡Heme aquí, Señor! -No le hagas nada a tu hijo, pues ahora he comprobado que me temes, ya que no me has rehusado ni a tu hijo único. Juro por mí mismo, que por cuanto has hecho esto, y no me has rehusado a tu hijo único, te llenaré de bendiciones y multiplicaré tu descendencia como las estrellas del cielo y como las arenas del mar; y en tu descendencia serán bendecidas todas las naciones de la tierra» (Gen 22 11-18).

Luego, viendo Abraham cerca a un carnero, enredado por sus cuernos en una maleza, lo ofreció en holocausto en lugar de su hijo, verificándose las palabras que momentos antes le había dicho: *«Dios proveerá, hijo mío».*

En ese momento Abraham, como premio de su fe en que el Señor le cumpliría todo lo prometido sobre Isaac, creyendo que incluso se lo resucitaría después de inmolado, como parece decirlo San Pablo (Rom. 4 17), y también como premio de su obediencia, recibió la revelación del modo en que se cumpliría la redención por medio del Mesías.

2º El sacrificio de Cristo.

Dios quiso darnos en Abraham un ejemplo que, por así decir, pudiese ser puesto en paralelo con su propia generosidad, con lo que El mismo iba a hacer. Y eso vio Abraham, y se gozó profundamente.

Podemos adivinar algo de la violencia que Dios mismo se hizo, entregando a la más terrible de las muertes, para salvarnos a nosotros de la perdición eterna, al Hijo en quien ha puesto todas sus complacencias, y que es, como Isaac: • su Hijo único; • el Hijo, al mismo tiempo, de la Mujer que El tanto engrandeció y amó, la Santísima Virgen; • el Hijo inocentísimo, en quien el Padre ve reflejadas todas sus virtudes, atributos y perfecciones; • el Hijo que es toda su razón de ser, la alegría íntima de su vida trinitaria.

Podemos adivinar también algo de la renuncia que Cristo, como nuevo Isaac, se impuso a Sí mismo al aceptar esta muerte tan cruel, tan inmerecida, tan humillante; no escapando de ella, sino: • cargando primero nuestros pecados y la pena que les era debida; • cargando luego con el leño de la cruz, en el cual lo colocará su propio Padre para inmolarlo; • aceptando ser atado, clavado, a ese altar; • y recibiendo el golpe que había de quitarle la vida de su naturaleza humana.

¡Qué abundantes fueron los frutos de este sacrificio! Así como Abraham recuperó vivo a su hijo, y Dios le juró que por esta obediencia se multiplicaría su descendencia sin coto ni número, así Dios Padre recupera a su Hijo inmolado, pero lo recupera acompañado de toda la humanidad regenerada, de una abundantísima descendencia, a la que comunica su título y cualidad de hijo de Dios. Y así como Isaac recuperó también lo que tan generosamente había ofrecido en sacrificio, su

propia vida, así Jesucristo recupera la naturaleza inmolada en el Calvario, y la recupera gloriosa, y la recupera a título de Cabeza de su Iglesia, a la que lavó y santificó en su sangre. ¡Cuánto más reales son, pues, las palabras de Dios aplicadas a Cristo: «*Juro por mí mismo que te llenaré de bendiciones, y multiplicaré tu descendencia como las estrellas del cielo y como las arenas del mar; y serán bendecidas en ti, descendencia de Abraham, todas las naciones de la tierra!*».

4º Pues Cristo es Dios (ese era el cuarto punto que nos faltaba explicar), **y por eso su sacrificio tiene un valor infinito:** «*En verdad os digo, antes de que Abraham existiera, Yo soy*» (Jn. 8 58). Los judíos comprendieron esta atrevida afirmación de Jesús, pues «*Yo soy*» es el nombre exclusivo de Dios, Yahvéh, y por eso trataron de lapidarlo.

Conclusión.

Nosotros no queremos lapidar ni deshonrar a Jesús, como el mismo Jesús echa en cara a los judíos: «*Yo no estoy poseído del demonio, sino que honro a mi Padre, y vosotros me habéis deshonrado a Mí*» (Jn. 8 49); pues somos bien conscientes de que nos hacía falta: • que Cristo fuera perfectamente inocente; • que por esta su inocencia divina viniera a liberarnos del demonio y devolvernos la vida divina; • que para ello aceptara ser inmolado cruentamente por nosotros en el altar de la Cruz, e incruentamente luego en nuestros altares; • y que El fuese Dios, para que su sacrificio fuese infinito.

Unámonos, pues, durante estas dos semanas, a Nuestro Señor Jesucristo por la contemplación amorosa de su Pasión; y tengamos en cuenta que, también a nosotros, en nuestra vida cristiana, nos tocará hacer algunas veces de Abraham, y otras veces de Isaac.

1º Nos tocará hacer de Abraham (padres, sacerdotes) cada vez que, por el bien de las almas que Dios nos confía, les exigimos (a nuestros fieles, si somos sacerdotes; a nuestros hijos, si somos padres) la cruz, el sacrificio, la renuncia: • a quienes más queremos; • justamente porque los queremos; • porque es el único modo de recuperarlos para Dios.

2º Nos tocará hacer de Isaac (hijos, inferiores) cada vez que la voluntad de Dios nos pida la renuncia de lo que más apreciamos: nuestra estima, nuestros bienes, nuestra libertad, lo que sea: convencidos de que Dios devuelve multiplicado y transformado todo aquello que se le sacrifica.

Que la Santísima Virgen, que más perfectamente que Abraham tomó consigo a su Hijo único, a su Jesús, a quien Ella amaba, para conducirlo a la montaña del Calvario, y allí ofrecer por sí misma esta Víctima sagrada, a fin de salvarnos a nosotros y recuperar a su Hijo como Cabeza de la Iglesia, nos ayude a contemplar con fruto estos misterios y a asociarnos a ellos.